

Perspectiva antropológica de una educación en valores

Dr. Sergio Jerez R.*

* Profesor en Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente es docente de la Universidad de Santiago de Chile. Master y Doctor en Filosofía de la U.C. de Louvain (Bélgica).

El desarrollo técnico y científico está provocando transformaciones sin precedentes, que han hecho que el cambio se convierta en el rasgo permanente de nuestras vidas. Al mismo tiempo, ello está provocando una desarticulación de nuestra cultura, principalmente a nivel del mundo del trabajo, de las instituciones y de los valores. Por lo tanto, existe hoy una crisis del mundo contemporáneo, que implica, a su vez, una crisis del paradigma sobre cuyo trasfondo se ha prolijado, por espacio de siglos, una forma de entender el mundo y a los seres humanos. Esta crisis está permitiendo el surgimiento de una nueva interpretación de los seres humanos, cuyos planteamientos se insinúan en autores tales como Nietzsche, Heidegger y Wittgenstein. La Ontología del lenguaje recoge estos aportes, desde donde es posible intentar rearticular una nueva interpretación del fenómeno humano que permita, a su vez, un enfoque educativo en la perspectiva de los valores.

Technical and scientific development is bringing about unparalleled transformations which have made change to become a permanent aspect of our lives. At the same time, development is causing a disarticulation in our culture, mainly at the levels of values, institutions and world of work. Therefore, now there is a crisis of the contemporary world which implies a crisis of the paradigm which for centuries has nurtured a way of understanding the world and the human creatures. This crisis is allowing the rise of a new interpretation of the human beings whose statements are insinuated in such writers as Nietzsche, Heidegger and Wittgenstein. Language ontology picks up these contributions from which it is possible to rearticulate a new interpretation of the human phenomenon which may allow, in its turn, an educational approach in the value perspective.

Introducción

Cada cierto tiempo y, quizás ahora con mayor premura, dada la dinámica del mundo contemporáneo, nos volvemos a plantear la pregunta por la educación, por su finalidad y el sentido de su misión. La exigencia de reflexión está dada hoy por un contexto que aparece profundamente alterado y por un mundo cuyos cambios nos enfrentan a nuevos desafíos, abriendo nuevas interrogantes no exentas de temores e inquietudes.

Una cierta sensación de desequilibrio y vacío pareciera penetrar la vida de la humanidad, como producto de los acontecimientos de este fin de siglo, que están transformando por completo la vida del mundo a una gran velocidad.

En el plano cultural, a nivel de la ciencia y tecnología actuales se insinúan perspectivas y posibilidades nuevas para la humanidad. Sin embargo, la crisis del mundo contemporáneo no sólo es debido a los acontecimientos del pasado que la generaron, sino también ella se expresa a través de las nuevas e insospechadas posibilidades que el mismo hombre se ha abierto, mediante el desarrollo científico y tecnológico.

Las profundas transformaciones que afectan al mundo contemporáneo, pareciera que están dando cuenta del final de una larga etapa de la historia de Occidente y que nos advierten que nuestra civilización comienza a transitar por terrenos desconocidos. Ello nos plantea la exigencia de hacernos cargos de la coyuntura histórica, o de lo contrario quedaremos a la deriva y expuestos a tiempos inciertos.

La reflexión que sigue implicará tres momentos: en primer lugar, me detendré en la consideración de lo que es la cultura y la crisis que experimenta, como producto del desarrollo de la ciencia, de la técnica y de las transformaciones del mundo contemporáneo. En segundo lugar, veré que esta crisis es expresión de una crisis más profunda, que tiene en su raíz la crisis del programa metafísico que, por más de veinte y cinco siglos, ha constituido el transfondo de nuestro sentido común. En tercer lugar, me referiré a los aportes de una nueva perspecti-

va filosófica, como es la ontología del lenguaje y que trata de mostrar una nueva comprensión de los seres humanos, centrada en el lenguaje y que, me parece, podría ser un buen aporte para ir hacia una nueva educación centrada en los valores.

Transformaciones culturales actuales

Para comprender el impacto de la tecno-ciencia sobre la cultura y, de manera particular, sobre el mundo de la educación, es necesario precisar el sentido y alcance de la cultura y cuáles son las características que hoy se insinúan en el desarrollo cultural del mundo¹.

Desde el punto de vista del individuo, la cultura constituye el lugar dentro del cual encuentra la expresión de su concepción del mundo, de la vida y de la muerte, del sentido de su existencia, de las tareas que debe realizar, de sus límites y de aquello que él puede esperar. La cultura constituye la expresión de una situación histórica particular e irreductible para un individuo determinado. Para bien o para mal, éste se encuentra inmerso en una situación dada como producto de una herencia que le pertenece, pero que no depende de él y se haya, al mismo tiempo, abierto a un horizonte de posibilidades que son suyas, pero que como tal no las buscó.

La cultura viene a ser ese contexto que va modelando al hombre y dentro de la cual va construyendo su destino particular, sobrepasando gracias a ella todo aquello que en él hay de puro biológico. En definitiva, la cultura es lo que le permite al hombre encontrar un sentido y finalidad para su existencia, la que le da un enraizamiento tal, que lo ata a sus predecesores y que le permitirá, al mismo tiempo, que se continúe en aquellos que le sucederán en el tiempo. De ahí que se pueda decir que la cultura es un fenómeno antropológico, puesto que constituye una dimensión de la existencia humana, siendo al mismo

1. En el desarrollo de las ideas aquí expresadas, en torno a la cultura, sigo muy de cerca y de manera libre las ideas de Jean Ladrière (1977) y de Jean F. Malherbe (1985), ambos filósofos belgas.

tiempo un modo de vivir. Porque la cultura y las culturas son un conjunto de valores, de pautas de conductas, de intereses, de estilos y de lógicas de vidas. Por medio de ella, nos relacionamos con las cosas, con las personas, con Dios y con nosotros mismos. En definitiva, ella constituye la manera de cómo nos paramos en la vida y en la historia.

Hoy vivimos en un mundo en el cual constatamos una creciente disolución de nuestras fronteras ideológicas y de nuestros modos de habitar que tenemos y que son las culturas. Estamos hoy enfrentados a maneras de ser diferentes, al vivir en un mundo que es mucho más amplio y generalizado. De este modo, las fronteras de nuestro ser, o de nuestras culturas, se están expandiendo. Estamos inmersos en una mutación histórica que, al mismo tiempo, es una gran mutación cultural y en dicho cambio de civilización juega un gran papel la tecnología, la que no posee un rol neutro, al contrario, ella implica enormes peligros aún cuando abre insospechadas posibilidades para el ser humano. En efecto, el hombre puede hoy día manipular genes humanos o de otras especies, lo que le permite fabricar determinado tipo de animales. Esto significa que se podrá construir en el futuro un determinado tipo de hombres o mujeres, cuyas características pueden ser muy contradictorias. Tales posibilidades son fascinantes, pero pueden ser también muy monstruosas, porque el hombre, siendo un ser admirable, es, al mismo tiempo, un ser inesperado.

La situación por la cual atraviesa el mundo contemporáneo, las profundas transformaciones están alterando la vida y las organizaciones de los individuos y, de esta manera, la pertenencia del hombre a una cultura, es decir, al enraizamiento en una tradición. En efecto, hoy vivimos cambios acelerados a nivel de la ciencia, tecnología y economía, de la política, de la sociedad, de la empresa. Tales transformaciones permiten que el cambio aparezca como el rasgo permanente de nuestra existencia, las cuales a su vez, se realizan a una gran velocidad, trayendo consigo una profunda alteración en nuestras vidas, costumbres y en nuestras formas de trabajo. Esto implica, al mismo tiempo, una profunda crisis en nuestro sentido común, a nivel de nuestras prácticas, en nuestras interpretaciones del mundo y en nuestras formas de pensar. Esta situación genera un ambiente de incertidumbre a todos

los niveles de nuestras vidas. En el pasado, era posible mirar el futuro con confianza; hoy, sin embargo, tenemos un presente que sólo es fuente de confusión.

De ahí la necesidad de encarar los nuevos desafíos y cambios que estas transformaciones implican. La necesidad del aprendizaje es una práctica que, hoy día, se impone como consecuencia de estos acontecimientos y como una exigencia de invención del mundo que cohabitamos. Cada día más, necesitamos resolver los problemas que los cambios traen con una gran creatividad y con una gran capacidad de innovación. El mundo actual nos exige preocuparnos de la calidad, de la velocidad, de la flexibilidad, de la satisfacción que exigen los individuos frente al mundo que los rodea.

Debemos trabajar con otros, debemos aprender a estar y trabajar junto a otros, con cariño al país en el cual vivimos y que debemos transformar con seriedad y rigor. El gran desarrollo que hoy vive el mundo deja de manifiesto problemas a nivel de la gestión, tales como la coordinación; de la seducción que nos plantea la interrogante de saber qué oferta soy y somos, y la de tener capacidad de innovación frente a un mundo impactado por la novedad, ser capaces de satisfacer con calidad necesidades que se nos plantean a nivel personal, familiar y laboral. Porque el gran desafío que tenemos por delante es el de saber, en este mundo tan cambiante en el cual vivimos, qué tipo de país, región, empresa y seres humanos vamos a ser capaces de generar. ¿Cómo puedo yo inventarme, para seguir siendo chileno y seguir jugando un rol en el mundo? Y, en definitiva, ¿qué debo hacer, que me permita lograr mayor efectividad en mis aspiraciones de fondo, a nivel de mi vida personal, familiar y laboral?

En síntesis, las profundas transformaciones de la hora actual crean un clima de confusión y desconcierto fundamentalmente a tres niveles:

- a. A nivel laboral, la educación solía entregarnos herramientas para enfrentar la vida laboral, actuar sobre el mundo y transformarlo, permitiéndonos, al mismo tiempo, la posibilidad de un desarrollo personal. Hoy, esa misma práctica educativa se muestra ineficaz y

obsoleta. Las mutaciones son tan rápidas, que la educación hasta ahora aparece retrasada frente a un mundo que cambia velozmente.

- b. A nivel de las instituciones y de la sociedad en su conjunto existe también una gran desorientación. La crisis de las democracias, tanto en el mundo desarrollado como en el tercer mundo, va dejando un aire de desconcierto e impotencia, que crea la sospecha sobre si nuestros pueblos serán capaces de vivir en paz y alcanzar un bienestar que sea digno y humano.
- c. Finalmente y tal vez lo que más desconcierta es la crisis de los valores y, por lo tanto, de la moral y de un cierto relativismo en la vida de los individuos y de las prácticas de las sociedades.

Antropología, Educación y Valores

Si tenemos en cuenta las consideraciones que hemos venido desarrollando, es posible concluir que estamos al parecer en el umbral de una nueva época. Nos encontramos con signos que dan cuenta de que nuestra tradicional concepción de lo que significa ser humano está agotada o que ella ya no nos es útil como lo fue en el pasado. Al mismo tiempo, nos sentimos impotentes para enfrentar problemas recurrentes, en la medida que seguimos atados a la concepción que, por siglos, ha constituido el trasfondo cultural del ser humano en su operar, en su forma de preguntar y en su forma de dar sentido a la vida.

Estamos ante un mundo que plantea desafíos radicalmente nuevos y en donde la presencia del cambio, como producto de las profundas transformaciones, pone al descubierto nuestras incompetencias, planteando al mismo tiempo la inutilidad de nuestras prácticas. De aquí surge la necesidad del aprendizaje.

Al mismo tiempo, enfrentamos una época en que nos hallamos confrontados con un conjunto de inquietudes que pertenecen al dominio de la ética. La ética tiene como preocupación central averiguar sobre el sentido de la vida, es decir, sobre qué significa vivir y cómo vivir mejor. Naturalmente, ella está ligada a los valores, puesto que

para vivir bien debemos distinguir lo que es vivir bien de lo que es vivir mal, el actuar bien, del actuar mal. Indudablemente, todo esto está unido al problema de los valores. Pero la inquietud por los valores surge del desafío por enfrentar el problema del sentido de la vida. Y, precisamente, este es el tema central detrás de la preocupación ética. Como seres humanos, estamos obligados a generar sentido, porque como especie no basta con nacer y de estar arrojados biológicamente a la existencia. Requerimos del sentido de la vida para vivir, porque el día que se nos acaba el sentido, simplemente nos dejamos morir.

El sufrimiento de la vida tiene que ver con la falta de sentido. Hoy en día, los seres humanos sufrimos mucho por no saber enfrentar nuestros problemas. Esto hace que nos encontremos recurrentemente con el problema de nuestra ineffectividad; de ahí la necesidad de preguntarnos en qué consiste el arte de vivir, cuestión que no se nos enseñó en la escuela, porque ni a nuestros antepasados ni a nosotros nos era necesario, pero los desafíos que hoy nos toca vivir son de otro carácter. Hoy, también, es un tiempo de crisis de las grandes narrativas que a nuestros padres le ayudaron a encontrar sentido para sus vidas. Tales narrativas, como los grandes proyectos de liberación, de salvación, de justicia social, o han claudicado o están concluyendo definitivamente. A través de ellos, sabíamos cómo vivir, cómo sostenernos y cómo darle sentido a nuestras vidas.

La incapacidad por enfrentar esta crisis, que nos toca en lo profundo, hace que busquemos falsas salidas, como la evasión, que es una mala manera de enfrentar la crisis, o simplemente el buscar indirectamente satisfacciones, cayendo, de esta manera, en la drogadicción, el alcoholismo, el consumismo obsesivo o en la búsqueda incesante del placer. O simplemente, y tal vez de manera más sutil, buscamos el refugio en cierto tipo de verdades, que dan origen a fenómenos tales como los fundamentalismos, el fanatismo y que constituyen el lugar de la intolerancia e intransigencia y que plantean, a corto y largo plazo, el antagonismo, el conflicto o simplemente la eliminación del otro.

Frente a todas estas alternativas, muchas veces entramos en un proceso de sicologización de nuestras vidas, porque concluimos que, si

las cosas no funcionan, es debido a ser como yo soy o como somos, iniciando de este modo un proceso de devaluación y desvalorización personal. Esta situación es la que origina la depresión, que es hoy el fenómeno que invade a la sociedad contemporánea.

Ciertamente, lo que hay que corregir no es el yo que somos, sino algo más profundo que le antecede y que es la interpretación base desde la cual me constituyo como el yo que digo ser, nuestra manera de conocer e interpretar el mundo y en esto estriba nuestro desafío histórico. En efecto, el espacio social histórico que, por siglos, ha constituido el trasfondo de nuestro caminar en la vida, de la manera de operar y de ver el mundo, se expresó en lo que podríamos llamar *el programa metafísico*. Este actuar en la vida y de ver el mundo se realizó en base a los postulados de dicho programa y conformó, al mismo tiempo, el lugar de nuestro sentido común. A partir del renacimiento, este trasfondo metafísico, se acrecentó aún más a través del espacio cartesiano. El desafío de la actualidad consiste en preguntarnos nuevamente qué significa el ser humano, porque si no lo hacemos enfrentaremos una vida miserable, sin salida y con mucho sufrimiento, que podríamos evitar.

Ahora bien, los múltiples problemas que los seres humanos tienen en el mundo contemporáneo, no suponen que tengamos que corregir el yo que somos, sino más bien la interpretación sobre la cual hemos constituido el ser que presumimos ser. El desafío histórico que enfrentamos plantea la exigencia de poner en cuestión la interpretación fundamental que, por largos siglos, hemos tenido sobre lo que significa un ser humano.

En efecto, nuestra forma de ser y mirar el mundo, así como nuestra manera de vivir y operar en la existencia, lo hemos realizado en base a un conjunto de presupuestos fundamentales. Tales presupuestos, que se originaron en la filosofía de Sócrates, Platón y Aristóteles, dieron inicio a un período histórico, que ha sido el telón de fondo de una serie de supuestos metafísicos sobre los cuales se basa nuestro sentido común actual. Todo el desarrollo cultural posterior se ha hecho en base a estos supuestos básicos, que constituyen a su vez la comprensión co-

mún sobre lo que significa un ser humano. El espacio social histórico que significó el cartesianismo continuó con estos supuestos, que, acrecentados, posibilitaron el desarrollo de la modernidad. En lo fundamental, el cartesianismo fue fiel a la antigua tradición griega, en su preocupación por comprender a los seres humanos como seres racionales².

El programa metafísico trajo consigo cambios fundamentales en la sociedad y sobre todo en nuestras categorías mentales y en la forma de cómo los seres humanos piensan de sí mismos y el mundo. Habla el lenguaje del ser centrado en averiguar qué son las cosas, permitiendo de este modo el surgimiento de la reflexión y del pensamiento racional. De esta manera nació la filosofía y posteriormente el pensamiento científico. Luego vino el desarrollo de la lógica, que a su vez permitió transitar por el pensamiento válido, logrando así alcanzar lo verdadero y evitar lo falso. De esta manera, se constituyó la racionalidad que ha sido la característica del pensamiento occidental.

El pensamiento racional supone que la razón es la que nos hace humanos y diferentes de las otras especies. Por lo tanto, para conocer a un ser humano debemos conocer dónde reposa el pensamiento. Y es ahí también donde reside el alma, que nos hace ser como somos. El lenguaje del ser, en su afán por averiguar el ser de todo, incluido cada uno de nosotros, concluyó que lo permanente, aquello que no cambia, es el ser, puesto que era lo que siempre permanencia igual y que eludía las contingencias de la historia. Aplicado al hombre, la pregunta del ser implicaba que éste era lo oculto de nosotros mismos y lo que no cambiaba. Si teníamos un alma inmutable desde el nacimiento y si de verdad éramos inmutables, lo mejor para vivir era saber como éramos y para ello debíamos conocer nuestro ser. De esta manera, la razón constituía una dimensión poderosa y sin límites, puesto que domina la naturaleza y nuestras relaciones con los demás. Y, mediante la razón, captamos el ser de las cosas, puesto que éstas son lo que son gracias a su ser.

2. En el desarrollo de las ideas que he estado realizando me inspirado de manera libre en el libro de Rafael Echeverría, *Ontología del Lenguaje*.

A través de la razón, los seres humanos conocen el verdadero ser de todo lo que les rodea. Sin embargo, el lenguaje sobre el ser de las cosas minimizó el rol del lenguaje mismo. Nos vimos como seres racionales, dotados de un alma inmutable y rodeados de entes cuyos seres podríamos descifrar y controlar a través del poder de la razón. El lenguaje no jugaba un rol fundamental en la constitución de nosotros mismos y del mundo, solamente describía cómo son las cosas, su ser. De esta manera, el lenguaje del ser precedía al lenguaje mismo.

Con Descartes, la primacía del pensamiento cobró mayor fuerza en la comprensión de los seres humanos. La cuestión del “cogito” sugiere que mediante el pensamiento somos el tipo de ser que somos, puesto que, a la base del ser, está el pensamiento y que si somos humanos es gracias a que contamos con la razón.

Pareciera ser que el programa metafísico está llegando a su agotamiento histórico y comienza a emerger una comprensión radicalmente nueva de los seres humanos, basada, al parecer, en una nueva forma de comunicarnos con los demás, que afecta a nuestra forma de pensar sobre nosotros y sobre el mundo.

La fortaleza de la metafísica tradicional se resiente con el surgimiento de nuevas concepciones, nuevos pensamientos, teorías y por una revolución importante en nuestra manera de comunicarnos, como producto de las innovaciones tecnológicas y la emergencia del lenguaje electrónico. Dichas concepciones están ocurriendo a nivel de la filosofía, ciencias biológicas, la lingüística, ciencias humanas, la política, la espiritualidad, etc. Y estos desarrollos son los que están desafiando los postulados de la antigua metafísica. En todas estas disciplinas y en otras, tales como la psicología sistémica, antropología, psicología se reconoce la importancia del lenguaje en la comprensión de la vida humana.

Estos desarrollos diversos son, precisamente, los que recoge la ontología del lenguaje y los reúne en una unidad y síntesis coherentes, apuntando a ver los fenómenos humanos desde una mirada no metafísica, la ontología que recoge fundamentalmente los aportes de Heidegger y se refiere, en este caso, a la interpretación de las dimensiones cons-

tituyentes que compartimos con todos los seres humanos y que nos confieren una particular forma de ser. Por lo tanto, desde esta perspectiva es posible rearticular lo que podría ser una nueva interpretación sobre el fenómeno humano y que podría ayudar a un nuevo enfoque educativo.

Los presupuestos básicos de esta nueva interpretación sobre los seres humanos preceden a cualquier otro postulado sobre cómo podrían ser otras cosas. A la base de esta interpretación, está una comprensión de los seres humanos caracterizados por tres dominios primarios, como son el cuerpo, la emocionalidad y el lenguaje. Por medio del lenguaje, conferimos sentido a la existencia y reconocemos la importancia de los otros dominios no lingüísticos.

Por lo tanto, desde esta nueva perspectiva, podemos afirmar que sólo es posible interpretar a los seres humanos como seres lingüísticos, lo cual supone decir que sólo es posible hablar de los seres humanos cómo los observamos o interpretamos y no cómo son, como lo pretendía la metafísica tradicional. De esto se sigue que hay que abandonar toda pretensión de acceso a la verdad, porque ello significa sostener que las cosas son como decimos que son. *Ser y verdad* constituyen los dos pilares fundamentales y dependientes de la armazón metafísica. Desde esta matriz fundamental se desprendió la manera de actuar y comprender a los seres humanos.

En la línea de esta perspectiva, y en lo que Maturana hace desde la biología del conocimiento, es posible encontrar un excelente aporte al tema de la educación, tal como nos esforzamos por reflexionar en relación a los valores. En efecto, lo que le preocupa a Maturana es la pregunta sobre la vida y acerca del ser vivo y qué es aquello que lo hace ser como es. Desde este horizonte, se pregunta qué tipo de ser viviente es el ser humano o qué es lo que nos hace ser como somos³. Y sobre todo nos plantea la necesidad de preguntarnos por el observador, ¿de cómo es que observamos lo que observamos?

3. La obra de H. Maturana es bastante vasta; en esta ocasión he usado fundamentalmente ideas de sus libros “Emociones y Lenguaje en Educación y Política” y “Formación Humana y Capacitación”.

En función de la biología que tenemos es cómo observamos, puesto que es ella la que nos permite percibir cierto tipo de cosas y percibir, también, cierto tipo de experiencia en nuestro cuerpo. Observamos distinto, de acuerdo al espacio emocional en que nos encontremos y porque bajo determinado tipo de emociones habrá ciertas cosas que no vamos a observar. En el acto de observar, aparece el lenguaje, porque observamos distinto en función del lenguaje, puesto que gracias a éste podemos hacer distinciones y hacer distinciones es hacer algo distinto de algo más y ellas nos permiten ver de manera diferente. Y, en definitiva, observamos diferente en función de las interpretaciones que generamos a partir de nuestras distinciones.

De acuerdo al observador que soy, puedo hacer acciones que otros no pueden hacer. Lo que nos constituye en observador de un determinado tipo son las distinciones en las cuales vivimos. En una cultura determinada o en la que nos es común, las distinciones están compartidas. Y cuando descubrimos que somos observadores distintos, se abre la posibilidad de escuchar al otro que pertenece a otra cultura que no es la mía. Por lo tanto, la manera de observar el mundo no es una cuestión de mala fe, sino que somos observadores distintos. Generar un observador determinado es parte de la tarea educativa.

Si el educar es un proceso que le ocurre tanto al niño como al adulto en su convivencia diaria, significa, entonces, que es gracias a este proceso que el ser humano se transforma espontáneamente y, por lo mismo, su modo de vivir se hace más congruente con el vivir del otro. Por lo tanto, la educación no es sólo un proceso ubicado en unos determinados años de la vida de un individuo, sino que es algo que ocurre durante todo el tiempo. Al mismo tiempo, como proceso que ocurre permanentemente, va configurando un mundo que perdura en el tiempo y que tiene efectos de larga duración que no cambian fácilmente.

La vida y la educación no son realidades separadas, sino interrelacionadas y que se implican mutuamente. El mundo no es una realidad separada, sino que es producto de nuestro vivir con otros. Juntos construimos el mundo que habitamos y al conservarlo, expresamos

y damos cuenta de cómo hemos sido educados y cuál es el mundo que queremos que otros vivan y prolonguen en el tiempo.

Inmediatamente surge la pregunta de cómo estamos viviendo y conviviendo los hombres hoy día. Porque ciertamente las relaciones humanas son el producto de nuestras relaciones individuales, las cuales a su vez, caracterizan las instituciones y a las organizaciones. La vida diaria nos golpea con hechos, sucesos que dan cuenta de nuestras vidas particulares y sociales. Según una encuesta de la UNICEF, el maltrato infantil es del 62% de los niños en Chile⁴. Lo trágico de esta situación es que el agresor esconde, a su vez, una infancia traumática, en la cual también hubo golpes.

Según un abogado de Los Angeles, en Estados Unidos, que se especializa en defender adolescentes parricidas, más del 90% de los jóvenes que han asesinado a sus padres, fueron a su vez maltratados por sus progenitores y sufrieron sistemáticamente agresiones verbales, psicológicas, físicas e incluso sexuales. No se trata de niños con enfermedades mentales; más bien en ellos el asesinato significó una cierta liberación, la forma de salir de una situación familiar insostenible⁵.

El tema de la corrupción muestra, cada día más, ejemplos que comprometen a individuos, instituciones y países a nivel comercial, político, policial. En Chile, cada vez se descubren nuevos aspectos del caso Codelco, pero en otros países la corrupción aparece también asociada a gobiernos, como ocurre en Colombia, Perú, Venezuela, Brasil. Todos estos aspectos dan cuenta de la manera de vivir que tenemos, en forma individual y colectiva. Y el modo de vivir que tenemos hace que las instituciones se estructuren de una determinada manera. Esto, al parecer, no es sólo de ahora, sino que siempre ha sido así. ¿Significa, entonces, que nos hemos equivocado, al decir que el ser humano era de una tal manera, cuando en los hechos, su práctica cotidiana, muestra algo que lo niega totalmente? No cabe duda que, en nuestra convivencia, aceptamos un diseño de vida que contradice nuestra condición

4. Revista "Qué Pasa", N° 1307, 27 de abril 1996, p. 38.

5. Idem., p. 41.

humana. Tanto la práctica individual como colectiva se impregnan de un estilo que degrada la convivencia y la vida misma.

La pregunta entonces es saber cuál es el mundo que queremos habitar y qué queremos que nuestros hijos y otros habiten. ¿Cómo me gustaría vivir y, en definitiva, estoy contento de cómo soy y de cómo de hecho he llegado a ser? Porque al parecer existen quienes no aceptan esta manera de vivir. ¿Cuáles son, entonces, los valores que configuran la vida, puesto que la pregunta por la vida al parecer es transgredida por la falta de valores y de consecuencia para vivirla?

Si queremos un mundo en el cual la vida y los seres humanos sean respetados, por encima de cualquiera otra consideración, lo cual supone que queremos un mundo en el que cada uno sea aceptado y respetado, la educación tiene que contribuir a esa finalidad. Es decir, la educación debe permitir y facilitar que los educandos crezcan como seres humanos que se respetan a sí mismos y a los demás y puedan, de esta manera, actuar libre y respetuosamente en la comunidad a la cual pertenecen.

En ese sentido, la ética no es más que la preocupación por las consecuencias de las propias acciones sobre los otros. Eso significa que ello es posible en la medida que veo al otro como un legítimo otro en la convivencia cotidiana. Educar en valores significa ser congruente con esta perspectiva educativa y ética, pero sobre todo con una perspectiva de vida. En ese sentido, el mundo de los valores no es más que el horizonte de humanización de la persona humana. El ser humano debe hacerse persona y dicho llamado implica su misma realización. El valor, entonces, es el cuadro de referencia o el marco, al interior del cual se señalan u autoseñalan las condiciones y las metas que permiten la humanización de la persona. Por lo tanto, el valor moral es la concreción del proyecto ético, que consiste en la autorealización de la persona humana dentro de un mundo humano y humanizante.

Más que enseñar valores, lo importante es vivirlos, configurar un mundo humano, en el cual los valores sean una guía a lo largo del camino. A través de ello, nos orientaremos para tomar las decisiones

que dan sentido y significación a la existencia, permitiéndonos vivir en armonía con nosotros mismos, con nuestras familias, en nuestra sociedad y en el mundo entero. Porque tal como vivamos, así educaremos.

Lo que hoy nos debe preocupar no es sólo el progreso material del hombre, sino el desarrollo de lo más noble de su ser, es decir, sus valores éticos y morales, su dignidad como hombre o mujer, el pleno ejercicio de sus derechos, sin olvidar las responsabilidades que cada cual tiene frente a las futuras generaciones, como también el respeto al medio ambiente, para hacer de este mundo la verdadera casa del hombre. Pareciera ser que el hombre aspira a una vida plena; si eso es felicidad, se podría postular que el ser humano no sólo busca una cuota de igualdad, libertad o independencia, sino la felicidad, la cual debería ser comprendida, no como una expresión de explosión individualista, sino como una nueva forma de tomar conciencia del yo y del nosotros al mismo tiempo. Desde esa perspectiva, se le podría asignar como objetivo a la educación, la de ser un medio para alcanzar la plenitud de la vida humana.

Bibliografía

- ECHEVERRIA, Rafael: *La Ontología del Lenguaje*, Dolmen Ediciones, pp. 408, 1994, primera ed., Santiago Chile.
- FLORES, F. y VARELA, F.: *Educación y Transformaciones. Preparemos a Chile para el siglo XXI*. Redcom Chile. 1993-1994.
- LADRIERE, Jean: *Les enjeux de la rationalité. Le défi de la science et de la technologie aux cultures*. Aubier-Montaigne-Unesco, pp. 222, 1977, France.
- MALHERBE, J-F.: *Le langage théologique a l'âge de la science*. Les Editions du Cerf, pp. 262, 1985, París.
- MATURANA, H.: *Emociones y Lenguaje en Educación y Política*. Ced. pp. 98. 2a. de 1990. Santiago. Chile.
- MATURANA, H. - SIMA NISIS de R.: *Formación Humana y Capacitación*.
- REVISTA "QUE PASA", N° 1307- 27 de abril de 1996, pp. 38-41.
- REVISTA DE EDUCACION, Ministerio de Educación: *Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios de la Educación Básica Chilena*. Santiago, Enero de 1996.